

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CENTIMOS NÚMERO
Idem atrasado, 30.

Á CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



El sermón moderno.

Dale menos rosario y más harina
é irá tras tí la grey, sabio prelado.
Ya no basta el sermón, la hora ha sonado
de dar con picatostes la doctrina.

Donde hay hambre y dolor, todo es mohina
piénsalo así, pastor, y pon cuidado
en que pazca y se nutra tu ganado
y abreve en la corriente cristalina.

Los hambrientos, ó luchan ó bostezan:
y si en lugar de pan das oraciones,
tendrán tu caridad como castigo.

Si les das de comer, verás cuál rezan;
que hoy es el ideal de los sermones,
más que predicar bien, dar mucho trigo.
J. JURADO DE LA PARRA.



ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

<p>PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN</p> <p>EN MADRID... { Un mes..... 1 pesetas. } trimestre..... 2,50 } año..... 10</p>		<p>FUNDADOR</p> <p>EDUARDO SOJO</p>	<p>PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN</p> <p>EN PROVINCIAS... { Un trimestre..... 3 pesetas. } semestre..... 6 } año..... 12 EXTRANJERO... { año..... 15</p>	
--	--	--	--	--

EL DÍA DEL JUICIO

Amanecía. Cuando el solitario caminante subía penosamente el repecho, el sol radiante de una hermosa mañana de primavera encendía el cielo y vivificaba la tierra. Al llegar á la cumbre detúvose el viajero. A sus pies se extendía la gran ciudad en espléndido panorama. ¡Cuántas pasiones, cuántos cuidados, cuántos afanes, cuántos dolores resurgían de nuevo á la vida en el seno de la cortesana que comenzaba á desperezarse voluptuosamente á los primeros rayos de la aurora!

Algo que acaecía cerca de él distrájole de sus reflexiones. Con ligero intervalo uno de otro, dos coches llegaron á la meseta vecina del bosque como á un punto de cita. De cada uno de ellos apeóse un grupo de hombres correctamente vestidos de negro. Aquello semejaba los preparativos de un duelo. Oculto tras el espeso ramaje de los arbustos se aprestó nuestro hombre á contemplar, sin ser visto, la escena que se preparaba.

Un joven de simpático y varonil aspecto, se destacó de uno de los grupos, y encarándose con el que parecía su adversario: —Vine aquí—dijo—animado de sentimientos de odio y de venganza: ahora comprendo mi sinrazón. Ordena la costumbre en trances tales que el lance preceda á la reconciliación; yo quiero sacrificar esa susceptibilidad en justa expiación de mi yerro. Declaro que mi proceder en este asunto ha sido injusto, violento, arbitrario... —Basta—exclamó su contendiente, como movido por una hidalga emulación—. ¿Es que yo estoy exento de culpa? ¿No he sido á mi vez descomedido, agresivo, insolente, mordaz? ¿Quién sería capaz de declarar en justicia á cuál de los dos toca la responsabilidad del agravio y el deber de la reparación?... Largo tiempo duró entre ambos jóvenes la generosa pugna, hasta que uno de ellos, dirigiéndose á los circunstantes: —Ustedes—les dijo—han venido á ser testigos de un duelo: séanlo de que aquí se ha verificado un duelo de generosidad, y que yo he sido el vencido. Y un estrecho abrazo selló la reconciliación entre ambos rivales.

Ya dentro de la ciudad llamaron la atención del forastero dos caballeros que acaloradamente discutían. Arrastrados por la pasión, hablaban á voces: —No—clamaba uno de ellos con acento desdenoso—, no estoy dispuesto á aprovecharme de las liberalidades de usted. —¡Qué liberalidad ni qué ocho cuartos!—replicó el otro vejete, seco y amarillo, con cara de pergamino—; este dinero es suyo y muy suyo. —No, sino de usted, puesto que la ley se lo da. —Pero no la justicia. —Nuestro contrato se lo otorga. —Pero no la razón ni la equidad. ¿Olvida usted en qué circunstancias fué realizado el préstamo? Pues yo no lo olvido. ¿Cómo he de olvidar que aquel día abusé de sus apuros, de sus angustias, de la situación desesperada en que usted se hallaba para imponerle las más duras condiciones? —Usted no hará eso, no será usted tan duro conmigo—exclamó el viejo casi con lágrimas en los ojos—; no querrá usted cerrarme el camino de la enmienda y privarme del único medio que me resta para rehabilitarme á mis propios ojos y á los ojos de los demás. Aquel á quien tan ferviente súplica se dirigía no pudo resistir al ruego. —Sea—dijo, tomando al fin la cartera que se le ofrecía—; consiento en la restitución si ello ha de servir para trocar en hombre de bien á un usurero. —Y ahora—murmuró el otro—espero me haga usted el honor... Y tendió tímidamente la diestra á su interlocutor. Cambiaron ambos un apretón de manos y el ex vampiro se alejó alegre como un pájaro y orgulloso como un monarca.

No lejos de allí, en vasta plaza, apiñábase gran muchedumbre. El concurso presentaba ese aspecto de singular agitación que suelen ofrecer las multitudes en los días de grandes y extraordinarios sucesos. Formábanse corros, cruzábanse preguntas y respuestas, se discutía, se peroraba; un papel impreso circulaba de mano en mano. Por él pudo nuestro peregrino enterarse de la

buena nueva. El ministerio en masa presentaba su dimisión, fundándola en su incapacidad é incompetencia. Se anunciaba también la renuncia, fundada en las mismas razones, de casi todos los altos funcionarios de la pública administración. Los dimitentes, no contentos con su sacrificio voluntario, señalaban á la opinión los nombres de aquellos que, á su juicio, debían substituirles. Los designados eran hombres modestos, que habían vivido hasta entonces desconocidos y olvidados.

Y siguió nuestro hombre andando, andando, y á cada paso tropezaba con nuevas sorpresas. Entró en el templo, y allí oyó que un sacerdote exhortaba á los fieles á no penetrar en el santuario sin llevar á él un corazón limpio de todo sentimiento de odio, y á esperar la santificación de la virtud tan sólo, y no de la eficacia de solemnidades externas. En el patio de una fábrica, el patrón distribuía proporcionalmente los beneficios entre sus obreros. Las madres, solteitas, acudían en masa á la Inclusa para recoger sus expósitos. A la entrada de las oficinas de Hacienda aguardaba un grande y compacto grupo de defraudadores y concusionarios, impacientes por restituir lo mal ganado. Otro grupo numeroso pugnaba por trasponer los umbrales de la cárcel, demandando á voces la justa pena.

Por todas partes se reproducían escenas semejantes. Matrimonios mal avenidos se reconciliaban, reconociendo cada cónyuge los propios extravíos. Un hombre opulento dejaba su palacio, abandonaba su lujo y sus comodidades, para volver á la nada, de donde saliera. Un concejal, arrepentido, lloraba á lágrima viva pidiendo perdón á sus convecinos por sus muchas faltas. Los hipócritas hacían pública confesión de sus pecados, humillábanse los soberbios, los envidiosos enaltecían el mérito de sus rivales. Vióse á un viejo estadista que recorría las calles en hábito de penitente, los pies descalzos, la soga al cuello, el cirio en la mano para dirigirse á la Trapa.

Declinaba el día cuando nuestro viajero, aún no repuesto de su asombro, sintió rendidos cuerpo y alma al peso abrumador de la fatiga. En el momento en que levantaba los ojos en busca de albergue, un transeunte de aire jovial le abordó bruscamente: —¿A dónde va usted? —Busco posada. —¿Posada? No, hombre, no; véngase conmigo. Mi madre y mi mujer deben estar ya esperándome para cenar. Tengo una habitación disponible; no me causará usted molestia alguna. —Pero usted no me conoce. —¿Que no? Usted es anciano, usted es forastero en esta ciudad, usted está fatigado, usted tiene necesidad de alimento y de reposo; ya ve usted si le conozco. —Acepto su generosa hospitalidad, pero antes querría que usted me explicara lo que aquí pasa. Desde que puse los pies en esta ciudad he presenciado cosas más extraordinarias que en todo el resto de mi vida. Diríase que los hombres han sufrido una transformación completa. —¿Pues no sabe usted la novedad? —La ignoro. —Que ha llegado el día del juicio. —¡El día del juicio! —Sí; pero no el de sufrirlo, sino el de tenerle. Esta mañana, sin saber por qué, nos levantamos todos libres de prejuicios y pasiones, purificados, renovados, otros. La vida nos ha parecido distinta. Hemos recobrado la razón y despertado del error como quien despierta de una pesadilla. Y esto es todo. —¡Al fin!—exclamó el viajero. Y siguió á su amable guía.

Una hora después, sentado á la mesa entre la madre y la esposa de su huésped, reparaba sus fuerzas, mientras la muchedumbre, alborozada, recorría las calles, lanzando este alegre grito, henchido de esperanza: —¡Viva la regeneración!

ALFREDO CALDERÓN.

SOLIDARIDAD

El papel en que escribo estos renglones, y la pluma, y la tinta y el tintero, representan la vida y el trabajo de muchos hombres y de varios pueblos.

Mis colaboradores son los siglos; ni yo ni nadie escribiría sin ellos, porque los hombres somos solidarios sin distinción de razas ni de tiempos.

Lo que yo escribo en fatigada prosa ó en desigual y atropellado verso, no lo escribiera sin aquel fenicio que para mí compuso el alfabeto.

Como tampoco se escribiera nunca lo mediano, lo malo ni lo bueno, sin el trabajo de los labradores, sin el santo sudor de los mineros.

Tienen parte en mis obras fugitivas, y en las obras de sabios y maestros, el fabricante de papel barato y el que las plumas inventó de acero.

Los químicos también, que de la tinta la fórmula encontraron y nos dieron, y artesanos de todos los oficios, y marinos, doctores, cocineros...

Sí, cocineros; porque sin las salsas que dan jugo y vigor á mi cerebro, de poco me servirían ni la pluma ni el papel ni la tinta ni el tintero.

¡Pero cómo extrañar que me auxilien los artesanos de ambos hemisferios, los que arrancan el hierro de la vida, los que impulsan las artes y el comercio;

si lo hacen esos astros infinitos que en lo más hondo del abismo etéreo dibujan trayectorias ajustadas á las leyes eternas de... Kepler!

La luna en las moléculas influye de este globo macizo en que nacemos, y por lo tanto en nuestros organismos, y por lo mismo en nuestros pensamientos.

Como los hombres somos solidarios, igualmente lo son muchos sidéreos, que ejercen un influjo poderoso en nuestro mundo, y nuestro mundo en ellos.

¿Qué importan las distancias? ¿qué los siglos? ¿Qué los abismos de la mar y el cielo? ¿No existe la atracción entre los mundos? ¿No se extiende á las almas y á los cuerpos?

El magnate depende del artista, depende el pensador del cocinero y los astros sin fin, unos de otros en esa infinidad del firmamento.

¿Y aún hay guerra de clase entre los hombres? ¿Y aún se lanzan los hombres al degüello, siendo todos los seres solidarios en la inmensa extensión del Universo?...
NICOLÁS ESTÉVANEZ

LOS DEVOTOS

¿Cómo se hace un devoto? ¿Cómo se convierte un hombre de impío en piadoso?

Estas preguntas equivalen á otras: ¿Qué es lo que hacen en el mundo el clero y los jesuitas? ¿Para qué sirven esas colectividades que tanto dinero cuestan y tantos trastornos producen en las naciones?

Pues bien, los devotos se hacen de dos maneras. Una es muy dificultosa, y por esto ha tiempo que fué completamente desechada.

Consiste en lograr que los avaros se hagan generosos y caritativos; los lujuriosos, castos; los iracundos, suaves como un guante; los soberbios, humildes como la tierra; en una palabra, y usando el lenguaje de la Igle-

DON QUIJOTE



Al fin me salí con la mía. ¡Ya tenemos presupuesto!



Estos, t'abio, ¡oh, dolor!, que ves ahora, campos de soledad, mustio collado, fueron el Parlamento.



¡Eramos pocos y parió Weyler!



Me parece que me vuelven á crecer las uñas.

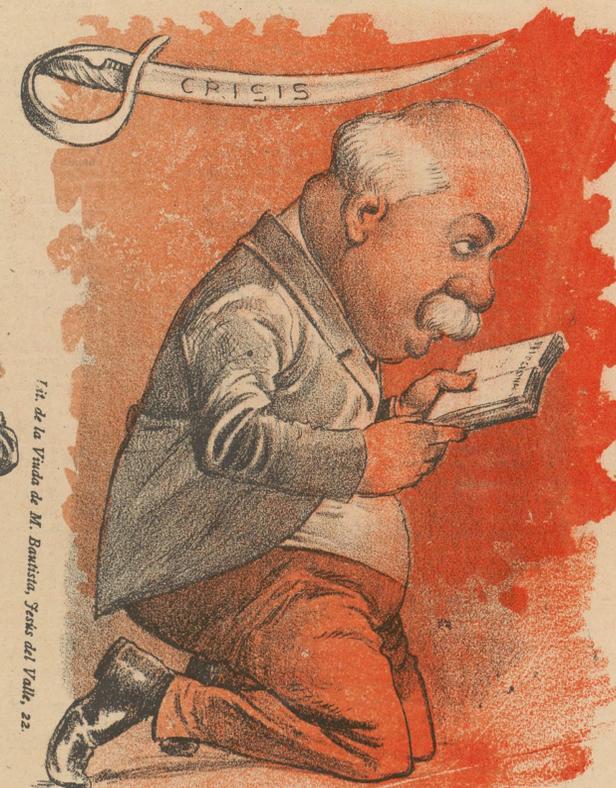


¡Y yo llevo los tiestos de la regeneración doble!



—Me mato yo por D. Mateo.
—Me mato yo por mi Silvela.
—La vida daría por D. Práxedes.
—Y yo por tí la vida diera.

(De una zarzuela que bien puede titularse *Los dos campos*.)



Preparándose á bien morir.

sia, substituir á la Naturaleza con todas sus imperfecciones y pecados con la gracia engendradora de todas las virtudes y perfecciones.

Esto, dicho sea de paso, nos afirma la fe que si humanamente es imposible, por la eficacia de los sacramentos es sumamente fácil y hacedero.

Resultó, no obstante, que la cosa salía un poquito desigual, y los cristianos de todos los tiempos siguieron por completo los impulsos de la Naturaleza, por más que confesaban, comulgaban y obtenían bendiciones é indulgencias.

Era para desesperarse ver que, después de misiones y novenas elocuentemente predicadas, tras comuniones generales en que pueblos enteros tomaban parte, seguían los usureros desolando al pobre, los soberbios exigiendo el incienso en un fanal de hielo.

¿Qué hacemos?—se decía la gente de sotana—. Porque si hacemos en los pueblos modernos un recuento de católicos, nos vamos á encontrar que no hay uno.

Entonces se acudió á otra manera de fabricar católicos y devotos, que está dando los más brillantes resultados.

Consiste sencillamente en no ocuparse para nada de los vicios ó pasiones de cada individuo, contentándose con que esos vicios se avengan á vivir cubiertos santamente con un escapulario y adornados con un rosario.

A los lujuriosos se les dice:—Vosotros podéis seguir en todos vuestros devaneos: podéis seducir doncellas; podéis engañar casadas; podéis desflorar vírgenes; podéis mantener horizontales ó instantáneas, pero, (en el pero consiste toda la perfección), pero habéis de pertenecer al Apostolado de la Oración y practicar la comunión reparadora de los primeros viernes del mes.

Vosotros, los soberbios, podéis seguir sin inconveniente alguno siendo tiranos crueles de vuestros criados y empleados; podéis seguir escupiendo en el rostro á todo el que no tuvo la suerte ó la desgracia de nacer de padres nobles y hacendados; podéis seguir haciendo que se os adore subidos en el altar, ridículo, es verdad, pero altar, al fin, que os alza vuestro orgullo. Lo único que se os pide es que visitéis periódicamente la residencia de los jesuitas, donde, no temáis, se respetarán y aun fomentarán todas vuestras vanidades.

Habéis de dar dinero para fundaciones piadosas; pero estad ciertos de que ellas ayudarán á satisfacer vuestra vanidad, pues los ministros de Jesucristo tendrán sumo cuidado de que por todas partes aparezca vuestro nombre, vuestro escudo esculpido en piedra, vuestra corona tallada en mármoles y bronce.

A los egoístas se les grita:—Venid, formad parte de la congregación piadosa, vestid el escapulario de la Inmaculada Concepción, rendid culto al Patriarca San José. ¿No veis que la devoción y el recogimiento son un motivo cual ninguno para que os encerréis en vuestras casas, os aisléis del mundo entero y no tengáis, no digo que socorrer, pero ni aun que ver las miserias y necesidades de vuestros hermanos?

Y vino la reacción religiosa, y todos son hoy católicos fervientes, socios de no sé qué apostolados, cofrades de no sé qué asociaciones, comparsas de no sé qué pantomimas; pero devotos en toda la extensión de la palabra, devotos auténticos, característicos, ideales y prototipos.

El mundo está dividido hoy en hombres que tienen vicios, defectos y pasiones, y se llaman por eso pecadores; y hombres que tienen los mismos vicios y las mismas pasiones, corregidos y aumentados, pero santificados por el escapulario ó la medalla.

Son avaros ó lujuriosos ó ladrones que huelen á incienso; que en vez de la cadena del presidio elevan al cuello la cinta azul de la Inmaculada, y sobre el corazón lleno de cieno ponen el corazón de Jesús.

Por eso, cuando en nuestros tiempos oímos hablar de conversiones, nadie piensa en gentes que de viciosas se hagan practicantes de la virtud cristiana, sino que decimos: Ahí están unas cuantas podredumbres que se han envuelto en el tisú brillante de la devoción: ya hay unas cuantas lujurias ó soberbias que llevan escapulario y comulguen; el clero cuenta con unos cuantos devotos, comparsas ó coristas para sus teatrales espectáculos.

GIL BLAS DE SANTALLANA.

LOS QUE TRABAJAN

EL HERRERO (1)

Bajo la ennegrecida campana de una chimenea angosta, derruida, está la fragua. A su lado, un mocetón de tostada y lustrosa piel, en la cual se observa el movimiento de una musculatura de elefante, levanta el pesado martillo que deja caer sobre el yunque, produciendo el estampido de un cañonazo.

Sudoroso el cabello, desgarrada, más que abierta, la camisa, desnudos los brazos, jadeante el velludo pecho,

(1) Del libro en preparación *Tinta roja*.

entreabierta la boca, cejijunto, iluminado su rostro por el resplandor de la hoguera... parece el dios mitológico forjando sus rayos,

Más allá, tras el fuelle, mascullando una copla popular, en la que se van las últimas energías de un esfuerzo titánico, un rapazuelo churretoso, en cuya faz se distingue la huella del hambre, estira y contrae sus bracillos escualidos, sin más descanso que el cuarto de hora que se le concede para comerse un trozo de pan ennegrecido y duro.

En un rincón, agazapado sobre un montón de leña, un perrillo, enclenque y gruñón, de lacio pelo y ojos vivarachos, hace como que duerme, con el hocico entre las manos.

Sentada en una silla de enea, con un cesto de costura al pie, una mujer joven, bella, remienda un canasto de ropa blanca, blanca y rota. En el suelo, un angelillo de rosadas mejillas juguetea con un ovillo de hilo que tira por alto y recibe con aspavientos...

Ahí tenéis un cuadro de la vida, de una vida miserable, llena de torturas.

¡Paciencia sin límite la de ese hombre que nació para sufrir!

Si una vez se emborracha—único placer permitido á los desheredados—, tras de robarle el tabernero, será conducido á la cárcel.

Y si se da un golpe y se inutiliza, el refugio de su vejez será un asilo, si tiene influencia bastante para que le lleven á él.

MIGUEL DE SILES CABRERA.

CANTARES

Por verter sanas doctrinas crucificaron á Cristo, y al tener esto presente me acuerdo de Paraíso.

Con sardinas todo el año el pobre pasa la vida, por esa razón el pobre tiene una vida de espinas.

Al preguntarle á un cacique, que la echaba de católico:—¿Tiene usted bula? Me dijo:—«Tengo bula... para todo.»

No se regenera España en tanto no llegue el día que el obrero fume brevas y el rico fume colillas.

Odia las espinas tanto, que la espinaca rechaza tan sólo porque hay espinas en la palabra *espinaca*.

Al ver el salmón, me acuerdo de los altos empleados, y de los contribuyentes cuando veo el bacalao.

Hablando de ratas, dijo un señor el otro día, que él había visto ratas en las cajas de cerillas.

Se dice que un Ministerio partirán, por gala, en dos. Lo malo es si multiplican los gastos de la nación.

Dicen que los españoles mucho cangrejo comemos, y que, por lo mismo, vamos hacia atrás como el cangrejo.

VICENTE RUBIO.

¿.....?

(ARTÍCULO INÉDITO)

«El eterno interrogante»—que dice un modernista á quien trato, aunque á cierta distancia y con precauciones. Pasamos la vida, ó pasan la vida la mayoría de las gentes, en una interrogación como aquel académico de la lengua pasaba las noches en un rebuzno, por comer carne de burro, aunque involuntariamente.

No conseguirán ustedes dar un paso sin tropezarse con hombres-preguntas.

Verdaderamente el trato social puede reducirse á preguntas y respuestas, como el Catecismo ó la Gramática «á la medida de los niños».

Pero algunas personas abusan del «derecho de impertinencia».

Y sinnúmero de preguntas rutinarias llevan aparejada la respuesta.

—¿Cómo está usted?

—Bien, ¿y usted?

—Bien, gracias. ¿Y la familia?»

—Bien. ¿Y la de usted?

—Todos buenos, menos mi esposa que se ha declarado madre por sexta vez.

—¡Hola! ¿Tiene usted otro niño?

—Sí, señor.

—¿Y qué es?

—Hijo mío, supongo yo.

—¿Varón ó hembra?, quiero decir.

—Pues varón. ¿Y usted?

—¿Eh?

—¿Usted se plantó?

—Sí, señor: afortunadamente no tengo hijos. No soy de esos padres memos que lamentan no tener familia.

—Es claro, no es usted padre; de modo que no puede ser memo como padre.

—Los hijos ocasionan sinnúmero de disgustos.

—Es verdad: ahí tiene usted al presidente del Consejo y al general P.

Otras preguntas admitidas, aunque igualmente necias y molestas.

—¿Qué hay?

—¿De que?

—De política. ¿Adónde va Montoro? ¿Adónde va el duque?

—Desde la revolución de Septiembre no he vuelto á saber palabra.

Algún caballero, con aire protector.

—¿Qué se hace usted ahora, amigo mío?

—¿En este momento?

—No; en la actualidad, como si dijéramos: en la actualidad histórica.

—Y está muy bien dicho. Pues lo que siempre: escribir y escribir y escribir.

—¡Siempre escribiendo!

—Salvo en las horas que dedico al descanso... de los demás.

—¿Qué fué de Fulano?

—Casó muy bien y murió.

—¡Carapel pues si hubiera casado mal...

—Ahí verá usted: lo mismo que D. Francisco.

—¿Y Zutano?

—También murió, de aborto.

—¿El?

—Sí, se metió en una empresa donde perdió toda su fortuna y se levantó el hombre...

—¿Con algunos fondos? Del mal al menos.

—La tapa de los sesos.

—¡Qué bárbaro! digo ¡Qué lástima de hombre!

—¿Y aquel Diéguez?...

—Obispo de un país desconocido por nuestro Gobierno.

—¡Hola! ¿En Filipinas?

—Sí; pero se le comieron los indígenas.

Otro hombre interrogativo:

—¿Quién le viste á usted?

—En el Rastro lo compro todo.

—¿Y quién es su zapatero?

—También el mismo.

—Le gusta á usted Wagner?

—Son mis dos debilidades: Wagner y *Bombita*.

Otro, que sale y ataja el camino á cualquier amigo para preguntarle:

—¿Adónde vas tan de prisa?

—Huyendo de la policía; he degollado *ahorita mismo* á todos los miembros de una familia forastera.

—¡Siempre alegre! ¡Oye, escucha!

.....

—¿Por quién va usted de luto?

—Por mi madre.

—¿Ha muerto quizás?

—Sí, señor; ya lo ve usted...

—Lo había oído decir; pero no lo sabía.

—¿Era joven?

—Mayor que yo.

Un transeunte á otro, viendo pasar la comitiva fúnebre de un entierro:

—¿Quién es el muerto?

—Era, dirá usted.

—Eso es: ¿quién era?

—Un hombre muy vivo.

—Sí, pero ¿cómo le llamaban?

—Por su nombre.

—¿Qué?

—Calomarde.

EDUARDO DE PALACIO.

Biblioteca de DON QUIJOTE

EN PRENSA

SILVELA

POR

MIGUEL SAWA

Precio: 20 céntimos.

Imprenta de Antonio Marzo, Pozas, 12